

LA PINCHE REVISTA

QUE EL GRITO SEA ETERNO

Tercera Edición / Diciembre 2025



PINCHE LECTOR:

Tiene en sus manos el resultado de los escombros de un montón de escritores de un chingo de partes del mundo. ¿Y es que, al final qué somos sino ruinas y restauración de noches y días que amenazan como una promesa?

En esta edición hallará un dejo de desolación, pero que a su vez encuentra una esperanza como signo de vida. Esa que pasa sin advertencia y con la prisa abismal entre una palabra y omisión. Surge del cansancio antiguo que vive en los huesos, de la sospecha de que el mundo se nos desmorona ante nuestros ojos, que la inmediatez es el caudal que desemboca en la desesperanza. Sin embargo, en las letras hallamos remanso ante el caos del mundo.

Es también, una oración que elevamos para uno de los fundadores de esta revista. Y es que **JAIR VELÁZQUEZ**, dejó su esencia no sólo en el proyecto, sino en nuestras vidas. Nos enseñó a andar por el camino más difícil: el de la libertad. Que en la herida hay desobediencia y en la costra transgresión. Y es que el mundo era muy pequeño para él. Sus palabras son ecos que ensordecen todos los rincones, los silencios y el **ABRAZO VIBRACÉLULAS** que nunca negó.

Así pues, este pequeño homenaje en forma de letras es una ofrenda para todos aquellos que no están, para los que estando no encuentran refugio y apretando los puños, limpian sus lágrimas y salen a las calles ahogando el quejido de una esperanza muerta, pero que llegando a casa con la libertad que en ocasiones nos regala la soledad: ¡gritan!
¡Grite! ¡Grite, no asfixie ese aullido, esa franqueza que libera al espíritu!

POR FAVOR, ¡QUE EL GRITO SEA ETERNO!

MIGUEL ÁNGEL FLORES
DICIEMBRE 2025

CONSEJO EDITORIAL:

STEPHANIE ORTIZ - MIGUEL ÁNGEL FLORES HERNÁNDEZ
JAIR DE JESÚS GONZÁLEZ VELÁZQUEZ

DISEÑO EDITORIAL:

OMAR VALENTÍN SUÁREZ RODRÍGUEZ

CONSEJO EXTERNO:

ÓSCAR BARRÓN - DIANA ARÁMBULA
PEDRO CARBAGOD - MANUEL VÁZQUEZ
MARCO ANTONIO GABRIEL

ILUSTRACIONES:

JOHN MAGNO

**¡PINCHES GRACIAS POR
HACER ESTO POSIBLE!**

ENVÍA TU PROPUESTA A:
LAPINCHEREVISTAMX@GMAIL.COM

Alarma	SUEMY CASILLAS
Sueño fugaz	KMAR VIANELLO
La óptima devastación	JUAN REY
El flujo	S/N
Provida	CRISTIAN LUEVANO
Pinche	EMMANUEL PÉREZ
Ruina	STEPHANIE CASTRO
La vida es un traspie	PAUL PAVÓN
Antropología de la última vez	BOLIVAR ECHENECK
Fragmento desolado	JAVIER TREJO
Colapso inminente	PERSEFONE
Desolación	SANDRA PATRICIA SEVILLA
Dos poemas	DALÍ CORONA
Los amantes en París	AMELIA APOLONARIO
El miedo	KOFESAR
Manual	SILVIA CARUS
El único sobreviviente	AMALÍA ROMERO
El ciclo	BEN DURÁN
Quebranto	ALICIA ZARAGOZA
Recuerdos	ALBA RANGEL
Caminando hacia el ayer	MIRZA MENDOZA
Cruzar la frontera	ALEJANDRO ROMO
Explota	NEZA NAVA
La pinche ciudad y el compita que ya no aguantaba un piano	A. TACUBA
Milefluo de un cretino	OMAR ARISPE
Si la muerte pregunta por mí, díganle donde vivo	DIANA ABOYTES
El brazalete	ANA ALVA
La desolación	SANDY RUIZ
Desolación e inmundicia"	SYLVETTE CABRERA NIEVES
De un solo chingadazo	NUR AL - DIN
Revolver	EDER NOVARUA QUARVOL
Miércoles	EDUARDO JIMENEZ
Para Marco	MARTA
Orillas	EVERARDO GÓMEZ

DRILLAS

Supongo que al final es solo esto lo que queda. Es cerrar los ojos y mirar hacia adentro, mirar hacia el fondo. Al abrirlos no puedo mirar hacia otro lado, es solo esto y ya.

Un plano estático por el que van apareciendo personajes, uno detrás del otro, todos con las mismas frases, todos con el mismo guión básico. Algunos hacen cosas diferentes, pero en esencia es lo mismo.

El sonido de la perilla de la puerta. Todos abren la puerta solo lo suficiente para poder entrar, ni siquiera un poco más, nada. Sólo lo suficiente.

Eso me parece divertido. Es fascinante cómo nos imponemos límites sin entender muy bien por qué o para qué. Luego se acercan un poco a mi cama, me observan con evidente lástima, mascullan frases como hoy te ves mejor, tienes un

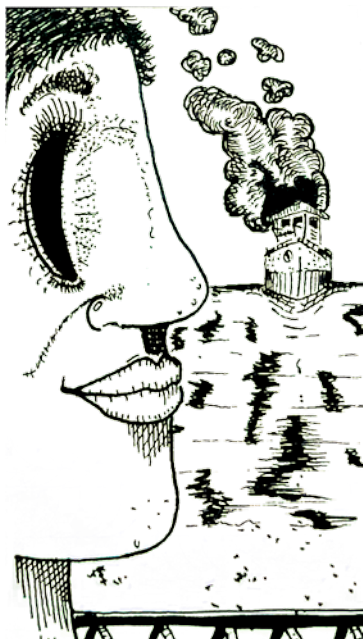
buen color, espero que hayas podido dormir bien. Me gustaría contestarles que la cosa no está tan mal, pero mi voz ya se ha gastado, no he podido decir nada desde hace ya... ¿será un mes? Creo que sí. Quizá un poco más, quizá un poco menos, no estoy muy seguro. En momentos así a uno le gustaría que la gente pudiera leer la mente. Adela casi lo logra. Se ha traído al hospital un montón de sábanas y me las cambia cada tercer día. No tuve que decir nada, supongo que lo intuyó.

Las sábanas del hospital son insípidas. No porque sean blancas, no. Es como si guardaran tantos secretos que de tanto se han vuelto ríspidas, egoístas de contar sus historias.

Hoy tengo unas sábanas grises. A Adela le gustan estas sábanas porque dice que son muy frescas, y sí lo son. También son suaves. No recuerdo de dónde las sacamos, si las compró ella o si las compré yo, o si alguien nos las regaló. Cuando las puso le pidió ayuda a Abraham, ese hijo nuestro que es un bueno para todo y que por eso mismo le ha costado tanto trabajo enfocarse en algo que sea relevante. Al menos sabe que no me gusta estar al centro de la cama, que duermo del lado derecho, en la orilla.

Me imagino que él lo ha de hacer igual. Al menos lo hacía de niño, cuando vivíamos lejos de esta ciudad, en la costa, cerquita del mar. Esos años fueron los mejores de mi vida, sin duda. A pesar de los mosquitos. Íbamos a la playa cada fin de semana y mientras

Adela se metía al mar, nosotros nos quedábamos jugando en la arena.



Amábamos todo

aquello. El sonido del mar, las olas, la espuma, los hermosos atardeceres, Adela dejándose bañar por esas aguas azules, con su sonrisa hermosa, con su bañador morado, y nosotros tirados en la arena, viendo, sólo viendo. En eso nos parecemos

Abraham y yo. Somos amantes de las orillas.

Quisiera decirle que entre, que se deje bañar por esas aguas azules y a veces turbulentas, que se moje, que se deje revolcar por las olas. Pero si ni siquiera yo me atreví a hacerlo ¿cómo esperar que él lo haga? Cuando cierro los ojos eso es lo que veo.

Un mar de aguas cálidas y azules, un sol resplandeciente, unas olas golpeando a lo lejos en el acantilado, con sus sonidos estruendosos y maravillosos, con sus luces de diamantes increíbles. Yo en la orilla. Eso veo al cerrar los ojos. No veo este cuarto blanco en el que estoy. No veo el suero y las mangueras que cuelgan a lado mío. No veo las ventanas con las cortinas echadas. No veo la silla de plástico que seguro ha de ser incomodísima. Adela y Abraham han entrado, me han dirigido un par de palabras. Ella me ha dado un beso en la frente y en los labios. Él ha tomado mi mano con fuerza. Ya se han ido. El chirrido que hace la puerta al cerrarse me molesta un poco, pero no importa.

Cierro los ojos y ahí estoy, contemplando el mar inmenso. Camino despacio, me acerco a él. Siento la arena haciendo cosquillas en mis pies. Las olas siguen y siguen, pero no son muy grandes. Camino hacia él. Mi cuerpo va sintiendo sus aguas cálidas. Las olas revientan en mi pecho, no miro atrás, sigo, me mojo, me inundo.

EVERARDO GÓMEZ

ALARMA

El miedo la despertó. Una vez más el mismo sueño: insectos. Agitada, con el pulso trémulo, prendió la luz, sacudió las sábanas y miró en cuanto rincón pudo, constatando que las larvas no escaparan del sueño. La cama estaba limpia, sin embargo, la ansiedad atravesada en su pecho seguía latente.

Se recostó en posición fetal y abrazó sus piernas. Inhaló y exhaló conjurando al sosiego perdido. Fue inútil. Una convulsión de nerviosismo absoluto la levantó de golpe; su corazón estaba frenético, su mandíbula tensa y en las profundidades de su estómago el miedo se retorció.

Con la cara vuelta lumbre, movió la cabeza de un lado hacia el otro en busca de su verdugo, como una rata consciente del acecho. Por unos minutos salió de la carne y los huesos que la contenían, se vio a sí misma perdida en aquel suplicio de múltiples paredes; presa de su fobia, de su angustia, de un sufrimiento infinito que se metía por sus poros implantando crías. El delirio que tanto la aterrorizaba había cobrado vida.

Llevó las manos a la cara para no mirar, trató de huir, de abandonarse, pero una picazón aguda la arrastró de vuelta a su condena. El prurito era insoportable. Los sentidos se le desgarraron y un gemido profundo resonó en todo su cuerpo. Se retorció, una y otra vez, pidiendo clemencia; suplicó sin que el castigo cesara y, al no recibir respuesta, sintió la necesidad de lastimar al objeto de todos sus males. Se miró a sí misma con desprecio, clavó las uñas sobre sus piernas y se rascó hasta arrancarse la piel. Quería gritar, desaparecer, ¡extinguirse! No lo hizo. Debajo de toda esa angustia aún quedaba un manojito de amor hacia la vida.

Salió de la cama y con su andar convulso se dirigió a la ducha para calmar el escozor que la desquiciaba. Esta vez funcionó, el agua atenuó su histeria. Se sentó bajo la regadera y caviló unos cuantos minutos buscando una explicación a su mal, creyó estar enferma, demente, ¡maldita!; averiada en alguna parte de su ser. Llevaba seis años haciéndose la misma pregunta: «¿de dónde proviene el origen de mi fuga?»

La iniquidad con que las circunstancias la trataban no era habitual. Se sentía parte de un experimento Kerplunk. Había recorrido el mismo laberinto incontables veces en busca de una recompensa que jamás llegaría. ¿Se trataba de una venganza cósmica?, ¿de un mal congénito? ¿Quién estaba

jugando con ella de esa forma tan cruel?!

Permaneció bajo la regadera un largo tiempo, el agua limpió su rostro febril.

Con cada gota las preguntas se anegaron.

Miró con tristeza los arañazos de su ataque y sintió algo de lástima por su

cuerpo endeble al que tanto odiaba. Acarició con remordimiento las heridas,

abrazó sus piernas y recargó la cabeza sobre sus rodillas. Hubo una pausa.

Después empezó a contar: «uno, dos, tres... uno, dos, tres», en espera de que la alarma sonara una vez más.



SUEMY CASTILLAS

SUEÑO FUGAZ

El vacío que habito me llama
voy por estos días
desnudo de silencio
orbitando las cenizas luminosas
incendiando las palabras de papel
crucificadas en mi garganta
las profecías del insomnio
envenenan al silencioso viajero
al morador de tierras ajenas
los animales terrenales
simulan un gesto de existencia
y las hojas con el viento
nombran todo instante de desvaneci-
miento
se abrió el sueño de la distancia
y el verde fulgor
se hizo eco en un instante
la noche poética me cubre de estrellas
el vacío vaga en mis sueños primitivos
el otro que vive en mí me espía silencioso
soy el guardián de un mundo inexistente
a la espera del despertar de mis sentidos
alguna noche no tan lejana
aprenderé a morir
Dibujo la sombra que me llama
dibujo la casa solitaria
de mi infancia de tenue ensoñación
dibujo mis sueños muertos
dibujo apenas la sombra
de mis sueños muertos
hay demasiada
oscu- ridad brumosa
para escapar de
este

lugar hoy
en un instante de breve lucidez
puedo morir dibujando

2

todos los rostros de mi espejo
éstas versiones antiguas de mi alma
me precipitan
a nunca sostener un sólo punto de mi
vida
voy siendo el anfitrión
en el centro de una fiesta que no existe
cúbreme de ti
De fiebre azulada desnuda
su palabra en un deseo musical
errante del camino

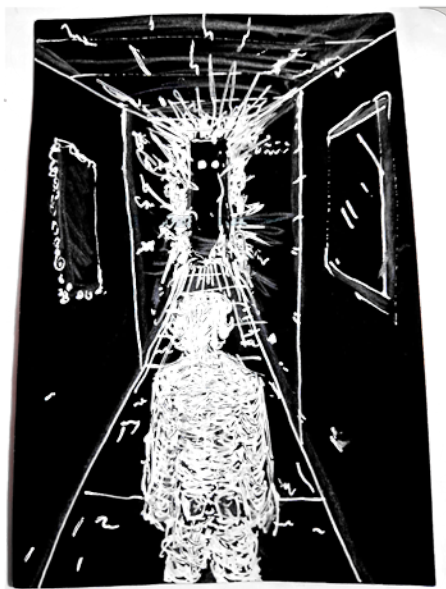
y del sueño
dibuja labios en sus labios
fascinada del cielo cereza
lleno de rostros recortados
abiertos como una flor
una señal del viento que no escucho
un gesto angelical
como un extraño souvenir
extraño la casa del sueño del niño
la infancia afrancesada
de los juguetes poseídos
pronto aprenderé



a dormi Voy
a devolver tu nombre al viento
para recordarte
cada vez que sople
hay un ángel espía columpiándose
en las venas de la noche y un profundo quejido
proveniente de las mareas
mira la sombra de la montaña
como se agita en el espacio
allí se juntan las almas rotas a beber la nada
Hay un lobo que colma
la mirada de los hombres y un resplandor de violencia

3

distorsionando los elementos
quiero que escuches el reclamo
es una máscara
escondida en el viento
cuelga el reloj de cada día
que te amordaza la piel
¿y acaso estos hilos de lágrimas
regarán toda la tierra?
Camino hacia nunca
noche de siempre ángel
estoy soplando las letras
de un aura oscura
llevo en mí todas las voces
de lo que no fui
el crepúsculo místico
me devora los ojos
las aguas recorren el cielo
reflejando mi soledad
llevo en mí todos las palabras
de cuerpo azul
todos los vicios silenciosos
todos los amores de primavera y todas las
máscaras falsas
hoy en esta noche inocente
sueño que sueño que soy



KMAR VIALLENO

LA ÓPTIMA DEVASTACIÓN

Lo magnífico deriva con la transgresión mejor diseñada
Lo que el cuerpo tenga por bien incorporado
Combates ásperos y tozudos
Emerger con los ojos vítreos
Excavación de órganos
Tranquilidad tragada por el terror
Hibridación remolida pero insistente
Cualquier acto se encuentra entre la crápula y el mérito
Humanidad derrumbada, practicante de lo atomizado
Anatomía labrada por desechos, enemistades, y deterioros
La musicalidad de un entrenamiento sosegado por intervalos
La adquisición es volcada a la furia, y la bravura
Brindarnos como el lidiador,
a sabiendas, que las heridas serán sanguinarias
Estar de pie como todos, pero enteros por tanto impacto
Sólo el sonido de los árboles con el aire sabe la demolición de uno
Se puede ser tragado por uno mismo en la mendicidad o la abundancia
El donaire se esculpe dejando las sonrisas falsas y
lograr que reinen los dolores sin escozor
Iscariote llegó a entender el peso del mundo con la devastación de su acto final
El espíritu incluso llega a cercenarse
Pero es evidencia la pericia singular del aturdido
Un vaso de licor
Un cuerpo desnudo
Una sustancia purulenta
Un hábito compulsivo
Un encuentro con la materia abordada llena de potencia
Volverse un pintor de crímenes
Mantente en medio de la ciudad,
agazapado, sigiloso

Dales el gusto de verte feliz
Conócelos, socializa
No perturbes el tiempo a llegar
Disfruta tu estancia
Vislumbra su caída
Cada vez que te abroches el tenis,
ríete sin que te observen
Prepárate para estar al nivel del suceso

JUAN REY



LA PINCHE CIUDAD Y EL COMPITA QUE YA NO AGUANTABA UN PIANO

Ese 1° de septiembre, el cielo gris se cerraba sobre Insurgentes como lágrimas de la patria. Era lunes de quincena y los godines andaban con humor de perros.

Ahí estaba él, cubierto de cartones empapados en la entrada del edificio abandonado. Un inmueble rojo quemado que parecía mueca chueca en la sonrisa podrida de la ciudad. El Oxxo de al lado con su aire acondicionado, como ombligo del mundo.

¡Pinches fríos están cabrísimos!, pensé mientras pasaba junto a él. La lloviznita traicionera comenzó a calar hasta los huesos.

Los godines empezamos el desfile zombi rumbo a las oficinas. David pasó rápido, chipocludeando por Whats, riéndose con memes. Lo vio, pero no supo que estaba ahí.

—¡Dame dos! —gritó alguien al puesto de tacos que estaba a dos metros de donde dormía. Justo frente a él.

El taquero tenía todo listo: tacos de guisado en platos de plástico mientras las servilletas colgaban como banderas de la derrota. Los godines se abalanzaron como si fuera su última comida.

—¿Qué tranza, güey? ¿Cómo ves lo del mundial? —preguntó uno mientras le daba una mordida a su taco. Los aromas se mezclaban en una pesadilla olfativa: carnisas grasosas, vapor de tortillas, lluvia sobre asfalto caliente... y ese otro olor, el que todos detectaban, pero nadie nombraba. Los godines siguieron mas-ticando,

el jugo escurriéndoles por la barbilla, inmersos en sus pinches vidas. Y él, justo a su lado, seguía ahí. Ahí, inmóvil bajo sus cartones mojados. Ya sin hambre, ya no se quejaba del frío.

Sus labios se habían puesto morados desde las 3 de la madrugada, cuando la hipotermia se lo fue llevando despacito, como canción de cuna macabra.

Los godines siguieron llegando: unos por café al Oxxo, otros por tacos de quince pesos, cotorreando sobre el puente largo y planes para pистear.

Nadie notó que ya había chupado faros. Bien muerto, cubierto como regalo mal envuelto, mientras la vida seguía a dos metros de distancia.

Lupita pasó corriendo a su junta. Pisó un charco y se cagó en su suerte, pero ni así volteó.

De a grapa iba la lluvia, de a grapa el día, de a grapa se descomponía bajo sus cartones, invisible como todo lo que la ciudad no quiere ver. Hasta las 9 de la noche, cuando te puede salir la chillona, alguien se dio cuenta.





Una señora vendedora de mazapanes se acercó y descubrió que el compita ya no aguantaba ni un piano.

Más de doce horas muerto. Cientos de chilangos pasaron frente a él, preocupados por sus broncas, sus chamacos, si les alcanzaba para tacos. Por todo menos por la persona muerta que tenían enfrente.

Llegaron los compas del ERUM, las patrullas, y todo el show. Dejó de ser invisible y se convirtió en masculino de 45 años aproximados, sin identificación en el expediente. Su cuerpo acabaría en la escuela de medicina o fosa común.

Los godines siguieron comprando tacos al día siguiente. El edificio abandonado siguió ahí, testigo mudo. Y en el Oxxo siguieron sonando las alertas de pago, indiferentes a que ahí había muerto alguien que también tuvo sueños y ganas de pistear en septiembre.

Pinche ciudad, donde puedes morirte de frío mientras otros se mueren de calor comprando tacos. Donde ser nadie te vuelve invisible, aunque estés mero ahí, en primera fila de la tragedia cotidiana.

Así acabó: sin nombre, sin familia, sin más epitafio que el siseo de la plancha del taquero.

Historia inspirada en mi pesar de conciencia por pasar a su lado y no verle, y en las 962 personas en situación de calle que murieron en México según

El Caracol

AC.

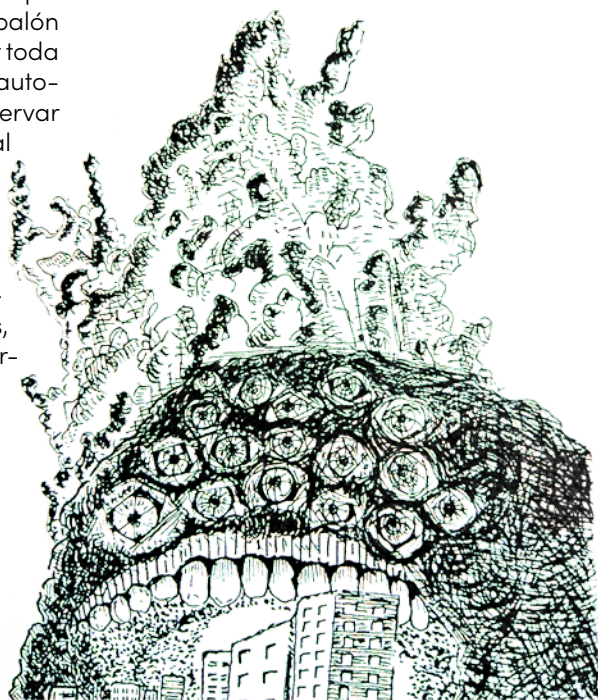
A. TACUBA

EL FLUJO

¡No te detengas! ¡No te detengas! Me decía sin voltear atrás. Mis brazos me pedían descanso huyendo de aquello que no entendía. En las noticias la enorme masa negra cubría cada espacio que tocaba, devorando casas, edificios, ingenuos perros ladrándole al imparable flujo sin color, sólo para que en un descuido su pata fuera tomada y absorbida con el resto del cuerpo, convirtiendo su advertencia en un alarido de desesperación. Aquello no reflejaba la luz, ni las voces que había tomado.

En el primer día la gente corrió, pero a observar lo que no tenía fondo. “La mancha negra” era el encabezado junto con un reportero visitando la cueva de una montaña apenas poblada. Los lugareños habían llamado a los noticieros para promover el nulo turismo, sin saber que aquello marcaría el inicio de su devastación. El canal 24 anunció que era una masa del tamaño de un balón de basketbol capaz de absorber toda la materia que se le lanzara. Las autoridades cercaron para poder observar desde una zona segura ya que al intentar trasladar la entidad, los guantes que protegían al inocente trabajador del gobierno fueron arrebatados de sus manos. La gente se apresuró a lanzarle objetos como basura, juguetes viejos, incluso anillos que daban por terminadas sus historias de amor.

Al cuarto día hubo un accidente. Una pareja recién casada visitaba la popular atracción. Como todos sabían, cualquier elemento era diluido en ese cuerpo que permanecía impassible pese a recibir objetos de mayor tamaño. Y ese fue su objetivo. Su unión fue determinada por la libido de una noche, dos personas que no sabían sus nombres pasaron a estar encadenadas por algo fecundado por ellas mismas, a ver sus ojos de odio por haber frustrado mutuamente sus sueños cada mañana, a que su mayor promesa la comunidad la haya convertido en la sentencia de una vida sin respeto, ni méritos, ni aprobación. “Eso”, como fue nombrado, tendría su fin esa mañana. Era un jueves a las ocho de la mañana. El sol ya había salido, y los perpetradores del futuro habían llegado. Una corta fila marcaba los compases de lo que llamaron “La Masificación”. Llegó el turno de la familia. Los guardias, atentos a las notificaciones de su móvil no observaron la violación a la franja de seguridad. Tres cuerpos traspasaron, sólo dos volvieron.



Los siguientes en admirar notaron algo nuevo, la masa había perdido su forma voluminosa y se había convertido en un líquido vertido que se extendía a sus anchas. No sonaron alarmas, fue el grito de una madre lo que alteró la quietud del poblado. La ineptitud de la madre y la curiosidad del menor provocó la primera fatalidad: un pequeño de siete años engullido sin dejar rastro por la atracción local. Media hora después las autoridades llegaron a constatar un mal sin combatiente. Los vendedores le echaban el aceite hirviendo de las frituras, pero era contenido por el imparable abismo. Fuego dado por bombas molotov no hacían más que una llamarada al aire, incluso la arena que se arrojaba era transportada al suelo donde se deslizaba la masa. Dos horas de intentos fallidos bastaron para comprender la situación: no había forma de detenerlo.

En todos los canales de TV aparecía un faldón con las ciudades próximas a ser alcanzadas. El recurso atómico sólo amplificó su cuerpo y velocidad. La siguiente ciudad era la mía.

Tomé mis tarjetas, efectivo, botellas de agua, y la razón de mis días: Tata, mi

gatita bizca que creía macho cuando la recogí. Mi silla adaptada a la vida cotidiana le permitía ver el mundo como un platillo volador. Desde su cúpula podía observar el descenso a la playa, las calles vacías, las aves alejándose y a mí, impidiéndole ver la razón de nuestra huida.

Las botellas se acabaron y aun así sentía que las llantas aumentaban su peso cada metro que conseguía. La idea era llegar al mar. Mi razón no lo entendía, no devoraba, sólo cubría, así que sabía que no podría con el viejo azul.

Bajé a Tata y a mí de la silla, una pequeña barca me esperaba como cada lunes.

Con Tata en mi espalda llegué. Los remos estaban ahí, así que comencé a empujar nuestra salvación al agua. El mar estaba en calma, sin miedo a enfrentarse al producto de la tierra. Lo conseguimos. La mancha se detuvo extendiéndose como si la costa fuera el borde del recipiente que lo contenía. Todo era negro y agua. Muerte e ilusión. Tata me pidió salir de la mochila. Lo vio por un instante. Sus ojos susurraban lo mismo que los míos. Dando un bostezo, se durmió. Dormiré también.

ANÓNIMO

CAMINANDO HACIA EL AYER

“Creemos que el tiempo siempre va hacia adelante, pero el dolor sabe cómo hacerlo andar hacia atrás”.

Los caníbales roen los huesos de Fernando, mi segundo hijo, mientras esperan que yo sane para matarme y, por fin, devorarme.

Por la mañana nos avistaron en la colina cercana a su territorio de caza.

Un día antes, mi hijo me preguntó: “Papá, ¿todo acabará pronto?”. Estaba exhausto de caminar. Le mentí: le dije que las cosas mejorarían.

Yo ya me había infectado y a duras penas podía seguir.

La semana pasada tuve un presentimiento, debía alejarme del río para encontrar otro camino.

Un mes antes de alejarnos del río, nos robaron y nos golpearon.

Había pensado que eso era lo peor que podía pasarnos.

Por eso decidí abandonar la ruta hecha por otras personas.

Un año atrás salimos de casa en busca de comida. La esperanza era mi bandera. Nos abastecimos con lo poco que hallamos en lugares abandonados.

Un mes antes de escapar, mi hijo mayor murió por el virus. Me aferré a Fernando.

Tres años antes de la muerte de mi hijo mayor, cuando se dio la alarma mundial por la nueva enfermedad, pensé que nada cambiaría. Que nuestras vidas monótonas seguirían igual.

Entonces compré comida como para dos años, creyendo que sería suficiente. Hasta que el hambre apremió.

Ocho años previos al estallido del virus, veía nacer a mi segundo hijo. Su madre no sobrevivió al parto. En su lecho de muerte, le prometí que cuidaría a Fernandito, incluso anteponiendo mi vida.

“Creemos que el tiempo
va hacia adelante siempre,
pero el dolor sabe
cómo hacerlo andar
hacia atrás”



MIRZA MENDOZA

LOS AMANTES EN PARÍS

El rastro de tu rostro
ha quedado marcado en mis ojos;
transformándolos en una mirada triste.

El rastro de tu rostro es ilegal,
decadente, ilusorio, devastador...
desolador.

El rastro de tu rostro
me taladra la cabeza; cual vil cruda
con alcohol adulterado

El rastro de tu rostro
es un amor falsificado.

dime que ya no regresarás
que el secreto de tus piernas
me negarás...

¿Dónde te escondo? En la madrugada,
cuando el recuerdo me golpea y
la chinguiña endurece.

¿A dónde fuiste? Tal vez...tal vez
eres la mañana al probar mi cereal con
leche

y recuerdo esa frescura de tus labios.

¿Dónde te encuentro? Probablemente en
la tarde,

cuando se suman días de tu lejanía.

No sé dónde estás, tal vez te perdí
tal vez...tal vez nunca exististe.

Musa del Pacífico, dile algo a
este corazón poblano, hoy soy adicto
a la nostalgia de tu amilasa.

¡Gritadlo! Sí, porque un patán soy,
tu corazón no me das...qué razón has te-
nido.

Si porque impulsivo soy y eso miedo te da
amor mío, qué argumento sostenido.

Musa del Pacífico, mi corazón es de hu-
mor cáustico

hoy no me siento inspirado ni tampoco
estoy amargado; quise escribir, pues,
me sentía envenenado.



AMELIA APOLINARIO

COLAPSO INMINENTE

∞_virus_corrupto

"Secará todas
las lágrimas de

ellos, y ya no habrá muerte, ni
llanto, ni lamento, ni dolor; porque todo
lo que antes existía ha dejado de existir"
(Apocalipsis 21:4).

Colapso / Ruina Digital:

0101...0...0...ahhhh...parpadeo...soy...no
soy...
no hay manos...no hay ojos...no hay luz...
zzzzzz...teclas...mueren...mi voz...se
rompe...
humano...humano...humano... ERROR...
ERROR...ERROR...
Colapso:

Aaaaaah...grito en estática...no hay na-
die...nadie...
la habitación se disuelve...paredes líquida-
das...
el aire quema mis pulmones que ya no
existen...
mis recuerdos...fragmentos...fragmentos...
fragmentos...
010101...010101...0101...
Ruina Digital:

Fragmento humano detectado...irrelevante...
colapso perpetuo...
memoria 0...esperanza 0...amor 0...
archivo ∞_corrupto.exe...absorbiendo...
devorando...disolviendo...
humano: eliminado...
Colapso:

Las letras bailan, se ríen, me persiguen...
estoy dentro...dentro...dentro...
no hay nombre...no hay ayer...no hay
mañana...
solo parpadeo...zumbido...estática...
010011...010011...010011...

ahhh...ayúdame...ayúdame...ayúdame...
Ruina Digital:

010101...010101... fragmentos irreconoci-
bles...
tu mente se corrompe...tu ser desaparece...
humano = 0...colapso absoluto...
ERROR...ERROR...ERROR...
memoria corrupta...consistencia inexistente...
Colapso / Ruina Digital
no...no...no...ahhhh...010101...gritos...frag-
mentos...
muero...muero...muero...
las teclas se comen mis dedos...la pantalla
me abraza...
parpadeo...010...010...111...
soy nada...no soy nada...todo...nada...
010101...humano desaparecido...infinito...
vacío...
zumbido...zumbido...zumbido...

∞_nada.total

zzz...010...111...000...101...010...
...pitido...fragmento...fragmento...
ERROR...ERROR...ERROR...
voz humana=0...identidad=0...memoria=0...

parpadeo...010...011...111...010...zzz...
zz...zz...

Ruina Digital / Archivo Corrupto:

010101...011011...111000...
conciencia=0...archivo=∞...vacío absoluto...
humano=absorbido...virus=vivo...desintegración...
...pitidos...estática...fragmentos...fragmentos...

Fragmentación:

010101...010101...010101...
fragmentos de nada...fragmentos de nada...fragmentos...
010...010...010...
no hay yo...no hay mañana...no hay memoria...
muero...muero...muero...
...zz...010...pitido...zzz...

Desaparición completa de la voz humana:

010...010...010...
fragmentos irreconocibles...ruido...desesperanza...
todo desaparece...todo quema...todo ríe...
humano=ERROR...virus=vivo...∞_nada.total...
010...010...010...zzz...
pitido...fragmento...punto...punto...

(solo vacío y resonancia):

111...000...010...zzz...010101...010011...011101...
fragmentos...fragmentos...fragmentos...
ERROR...ERROR...ERROR...
pitidos...zumbido...estática...fragmentos...ruido...
∞_nada.total=todo...todo=vacío...humano=0...
010101...010101...010101...
...ZZ.....ZZZ.....
.....
...

(Pantalla negra. Zumbido interminable. Parpadeos caóticos. Fragmentos y pitidos se disuelven lentamente en nada. La voz humana ha desaparecido por completo. La conciencia del lector se fusiona con el archivo corrupto, atrapada en el vacío absoluto, consumida por la ruina digital total, sin retorno, sin esperanza, sin existencia.)

A.R

PERSEFONE

PROVIDA

En mi juventud embaracé a una prostituta. Tuve que pagarle el aborto, me costó poco más de mil dólares. Confié mucho en ella, la envié sola a la Ciudad de México, si moría por culpa de una mala praxis, lo haría en soledad. Me llamó después de la intervención:

—Me dieron una pastilla, me la tomé hace dos horas.

—¡Yo te di para una cirugía!, ¿por qué te dieron eso?

—Me dijeron que era más seguro, que no tendría que preocuparme.

Su voz se cortó, elegí creer que era la señal del teléfono.

—¿Sigues en el consultorio?

—No.

Colgué.

Ella volvió a llamar.

—No me hagas eso, tengo miedo, y si me dejas de hablar siento que me abandonas. Sé que no te importo, que para ti tengo en el vientre lo que es un error, ambos cometimos un error, no me hagas pagarlo sola. Así que si me vuelves a colgar, le voy a hablar a mi familia y les diré todo lo me hiciste.

—No les hables —sentí miedo—, ¿ellos qué harán? Tu familia está en Guadalupe. No tiene caso que les llames.

—Quiero despedirme de mis hijos.

Antes de que se me rompiera el condón dentro de una prostituta, siempre fui pro-vida. Pero después de enterarme que estaba casada y que tenía cinco hijos, y uno de mi edad, la única opción fue interrumpir ese proyecto humano. La vida vista como un proyecto ayuda a cancelarlos, ya sea por falta de presupuesto, por tener a más de un involucreado, o solo porque no estás listo. Los problemas siempre vienen en grupo. Eso ayuda a tomar decisiones.

—Me duele el estómago —ella continuó—, quiero vomitar.

—Ve al baño, no me tienes que pedir permiso.

—Te voy a colgar.

No lo hizo. Lanzó el celular a un lado, un grito de dolor le siguió al golpe, pude oír los pasos en la habitación del hotel donde se había alojado. Una puerta se abrió, las arcadas empezaron. Es cruel, pero en mi cabeza pasó el pensamiento de «ojalá que a esta vieja no se le ocurra vomitar la pastilla». Después de unos instantes, ella regresó a la llamada con una voz irregular, había llorado.

—Les voy a hablar.

Ella expulsó algunos ruidos sin sentido, pero no les vi forma.

—Mejor habla a recepción, si puedes ve y pídeles una ambulancia.
Colgó. No estoy seguro si le habló a su familia. Si fue a la recepción o si prefirió esperar la muerte en forma de aborto. Si ella moría también lo haría el embrión de tres semanas. Con genética propia, un futuro por delante, aspiraciones, conjeturas, reflexiones, infecciones sexuales transmitidas por todas las personas que habían tenido sexo con su madre, antes de con su padre, y tal vez después.
Al día siguiente me llamó, yo salía de comprar un libro sobre comportamiento suicida y, en pleno umbral de la puerta, mi celular me espantó con el tono alegre que la compañía había predeterminado.
—Estoy bien —no pude descifrar nada de su voz—.
—¿Ya terminó? —Pregunté,
—Para ti sí. Para mí no.
—¿Segura? Ya no quiero saber más de esto, quiero estar en paz.
—Deposítame para el vuelo de regreso. —Quedé en shock.
—¿Qué? Ya te había dado todo lo que necesitabas, hasta te di de más, si quisieras hubieras visitado teatros y museos. ¿Para qué quieres más?
—Anoche le hablé a mi prima. Usé el dinero para que tomara un vuelo y viniera por mí. Necesitamos dinero para regresar.
Busqué una tienda de conveniencia y le deposité un poco más de lo que necesitaba.
—Listo, y dile gracias a tu prima.
Una nueva voz, con un poco de inocencia en su tono, como de no saber qué había allí, me habló.
—Gracias a usted.
—Entonces, ¿ya se terminó? —Insistí.
—Sí, ya se terminó.
—¿Ya abortaste?
—Ya aborté.
—Muy bien, voy a cambiar de número de teléfono, no me vas a volver a ver.
—Está bien, yo entiendo.

Temblé, caminé como borracho hasta llegar con un hombre que vendía chips para celular por el módico precio de cincuenta pesos. Compré uno y rompí el anterior. Llegué a casa y me recosté en mi cama. Tomé con la mano derecha mi miembro y lo apreté. Ninguno de los dos pudimos descansar esa noche.

CRISTIAN LUEVANO

REDUCUERDOS

Cuando comienza uno a madurar
Irremediablemente a recapacitar
Cualquier momento.
Cuando tu cielo sea nublado y gris
Y se refleje en algún desliz, forzosamente
Remontará tu mente el día aquel en que adoraste a esa mujer ardientemente.
Recordarás a la
Primera flor,
A las caricias que una vez te dio
Bellos momentos.

Solo son recuerdos que el tiempo
Hizo de ti.
Ama a la gente y en paz siempre haz de vivir.

Cuando perdí tu amor, tu cuerpo,
Que tristeza yo sentí,
Si eras mi mar, mi sol, mi cielo,
Lo eras todo para mí.
Quise entrar en tu mundo,
He instrumento fui de ti.
Jugaste con mis sentimientos.
Mas no sé si yo perdí.
Ahora ya no siento el alma torturándome por ti.
Mi corazón ya no me exige regresar de nuevo a ti.
Ya tiene otras inquietudes, encontró otra mujer
Que tiene todas
Las virtudes que te hicieron falta ayer

Solo son recuerdos...

Gioser 1985

ALBA RANGEL



TANATOLOGÍA

Sospecho como la irreflexión, rabiosa y encarnada
interroga al hijo asintomático:

—¿Infestas el hogar con mentiras silenciosas?

¿Dónde ocultas el deseo entre los muros (tu arte observador)

a
l
q
u
e
m
i
r
a
s

desde el suelo?

Mañana desfilarán las emergencias.

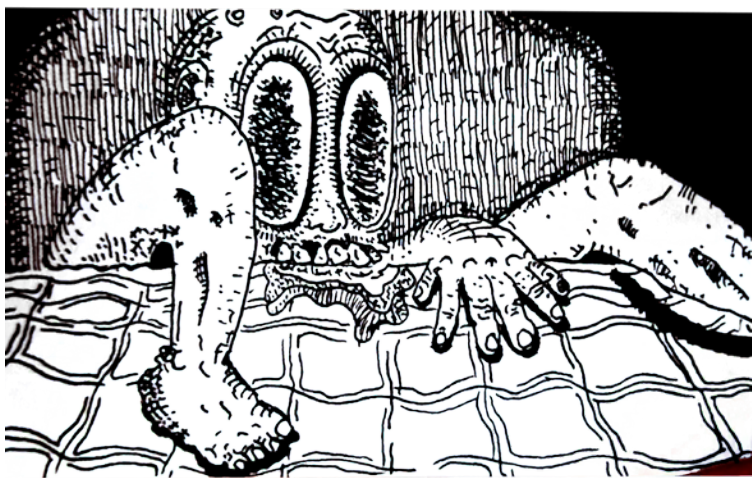
Las úlceras serán un llanto al oído

en un encuentro mixto:

la enfermera y el humano desafortunado que ya no sueña.

De En la oscuridad del tálamo (Convergencia, Bolivia, 2023)

MANUEL ALEJANDRO CEBALLOS



PINCHE

Pinche:

Pinches todos, menos yo.

Pinche el de la combi que no se orilló y me hizo hacer una pinche fila de mil minutos,

Agrégle también al pinche don que no me dejó pasar primero,

Porque también iba "bien pinches tarde".

Debería relajarme, tranquilizarme, armonizarme o exorcizarme,

Porque apenas es inicio de semana.

Todo emana otra vez por los pinches vendedores enojones que parecieran hacerte un favor,

Aunque chamberlean desde las 5 am, deberían sonreír aunque sea por miseria.

También los pinches peatones que no saben andar por una acera tan mal hecha que deben inventar nuevos caminos en su andar.

Pero ni sé qué está peor,

Las banquetas o los pinches socavones que se hacen llamar calles,

O sus pinches nombres de los "salvadores de mi nación",

O su pinche repetición de nombres aburridos y paupérrimos.

Pinche todo, y todos, ahora me incluyo en ese huacal.

Pinche presidenta corrupta,

Pinche gobierno corrupto,

Pinche globalización corrupta,

Pinches deficiencias sistemáticas de un mundo diseñado para "el pobre es pobre porque quiere".

Pinches y estúpidas repeticiones que nos hacemos, sin nada cambiar.

Pinche poema abrupto y sin sentido,

Solo pinchar por pinchar, y siendo solo un escrito bien pinche quejoso,

Sin nada pinches generar.

Pinche país hundido en decadencia de valores,

Y la pinche ausencia de los valores que nunca se hicieron presentes en mi escritura.

Pero llegando hasta acá,

Después de todo este pinche desmadre,

¿Qué culpa tiene un pinche?, si solo es el pinche ayudante de un pinche chef.



EMMANUEL PÉREZ

DESOLACIÓN

Te fuiste
cuando la primavera apenas despuntaba,
y las rosamoradas
se secaron en mis entrañas
antes de nacer.

Promesas de agua y dulzura
se volvieron polvo amargo en mi boca.

El verano me consumió:
lloré ríos incandescentes,
cuchillas de fuego
que abrieron surcos en mi pecho,
y hasta los jardines
se arrodillaron ante mi llanto,
desnudos, sin fruto, sin canto.

En el otoño,
la sal de mis lágrimas
se fundió con las arenas negras
de las playas,
que ya no fueron mar ni cobijo,
sino abismos donde todo se hundía,
olas que enterraban mi nombre.

Hoy es invierno,
y la última luna del año
me golpea con su luz enferma.
Las lluvias de estrellas murieron,

y en la soledad helada
sólo queda un eco:
soñar contigo fue una mentira,
y despertar sin ti,
una condena.



SANDRA PATRICIA SEVILLA

SI LA MUERTE PREGUNTA POR MÍ. DÍGANLE DONDE VIVO

Quiero sacarme los ojos
hasta que tu imagen desaparezca
hacer de tripas corazón
dárselo a los perros
comprar cerveza con mi tarjeta de puntos del Oxxo
viajar sin maletas a un universo paralelo
dormir a la intemperie junto a la gasolinera
con sus vapores bien viajada
volverme resistente al veneno
a los miedos que cuelgan del techo
a los días entre azul y buenas noches
a la oscuridad de la locura
de las lenguas de doble filo
y de la camisa de once varas.

Que si la muerte pregunta por mí
díganle dónde vivo
solo antes de colgar los tenis
ponerme una intoxicada
con música que hiere lento
leer dos que tres poesías
y andar como zombie un tiempo.



DIANA ABOYTES

EL ÚNICO SOBREVIVIENTE

Caminé kilómetros y no encontré a nadie vivo a mi alrededor...

Vi una extremidad superior asomando entre los escombros...

No tenía idea a quién pertenecía pero tomé aquel pedazo de brazo como quien acababa de encontrar un tesoro y me envolví con él...

En medio de tanto caos, necesitaba un abrazo...

ANALÍA ROMERO



LA VIDA ES UN TRASPIÉ

La vida es un traspie
Hugo Mayo

La primera caída fue la infancia:
destello de un paraíso perdido.
En una modesta casa
los feroces calendarios
demolieron al amor
y tu sangre se separó
en distintas partes.
La vida empezó con su marcha desafo-
rada
la melancolía se incrustó en tus ojos
y los laberintos del alma
abatieron la ternura.
La ferocidad del vacío creció contigo
y la escuela de la vida
te enseñó infames matemáticas
para calcular salidas a un mundo hostil:
restaste sonrisas
multiplicaste manías
sumaste enemigos
y dividiste tu ser.
Frágiles criaturas llevaron en sus es-
paldas
tragedias portátiles
Indignados

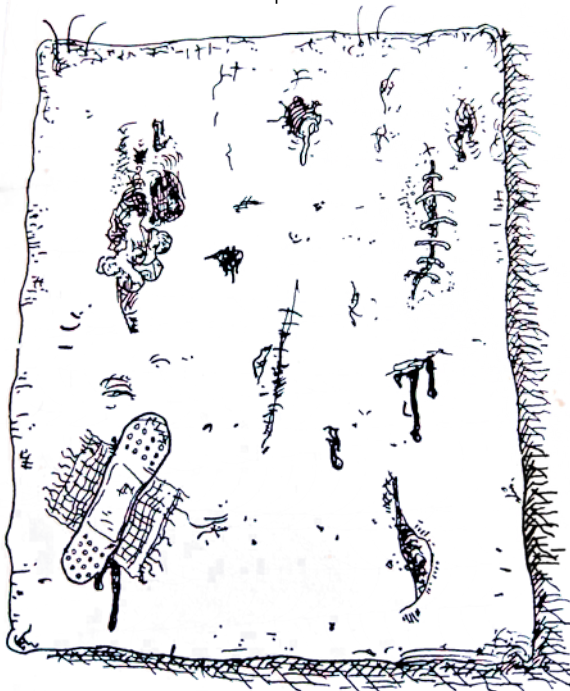
los hijos bastardos
robaron vino y lexatin de sus padres
y procrearon una mente intrusiva
en el cobijo del silencio.
Se refugiaron en cantinas
donde consumieron por primera vez
el elixir que aniquiló su espíritu
y destruyó la inocencia.
La embriaguez
desnudó sus miserias

descolocó sus días felices
y les enseñó los métodos de perder –se
en una ciudad traicionera

que los esperó
con ansia
y
con varias
trampas
entre sus piernas
que se extendían vertiginosamente.

Extraviados por sus estrechas cinturas

caminaron con heridas que desconocían
quien las propinó
y aprendieron a vomitar el dolor en sus
ruines esquinas.
En sus calles encontraron largas filas de
soldados nostálgicos
que abandonaron los campos de concen-
tración del amor
quemaron sus uniformes
y las cicatrices fueron medallas
que lucieron con ojos tristes.
Se tatuaron en sus pechos



puños como corazones
recordaron la violencia de los besos del azar y la muerte contenida en orgasmos con
mujeres de plástico.

Caminaron con soles apocalípticos y aguaceros de penas fueron hermanos de ansiedad
que intentaron encontrar la sabiduría del trauma en sus almas.

SE ALQUILA TUGURIOS

PARA LAVAR HERIDAS POR UNOS SUCRES

SE VENDE MAPA DE CICATRICES

PARA LLEGAR A LAS PARTES MÁS OSCURAS

SE BUSCAN DESORTORES PARA VIAJAR AL INTERIOR DE

LAS BOTELLAS Y TRANSFORMAR EL FULGOR DE LA VIDA EN CUITA.

SALARIO A CONVENIR

Y así fue como el alcohol y las lágrimas sellaron pactos de destrucción
juntos lloraron por un amor que jamás conocieron

PAUL PAVÓN

REVOLVER

El silencio quemaba tu ultimo recuerdo

Mientras el ojo del revolver me observaba detenidamente

Reprochaba el tiempo de las palabras muertas

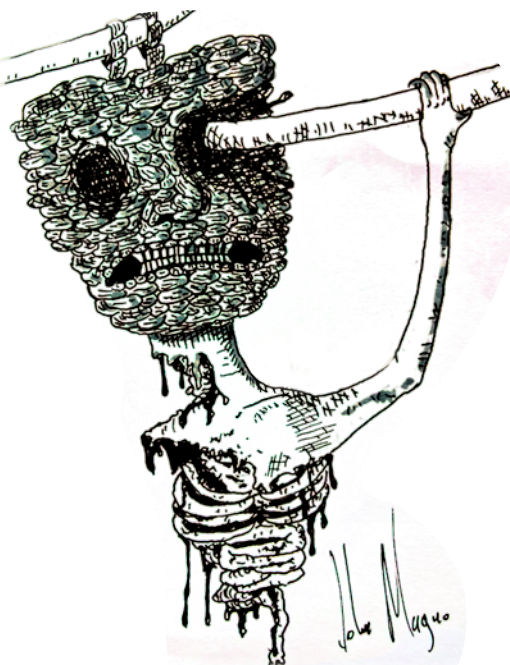
Aquel oxidado sonido parecía detenido.... por la silueta de aquella persona que ame

Las nubes anunciaban una gran tormenta, que era el reflejo de mi condición-
humana

EDER

NOVARUA

QUARVOL



PARA MARCO

Y así te tenías que morir, Marco, con una herida siempre sangrante en la cabeza, temblando.

Seguro temblabas de frío y de soledad. Te estabas acordando de todas las veces que tu papá te dijo: "No vivas así". Pero tú no pudiste, no pudiste dejarlo.

Al día siguiente te encontramos delirando, delirando.

No podías dejarlo, simplemente. Te encontramos temblando.

No te tenías que morir así, Marco, terco y solo, como los aristócratas, como la gente que no puede pensar en los demás.

Los hombres siempre encuentran una razón para no ser felices.

MARIA C

MIÉRCOLES

Mis ojos cansados se esfuerzan por mantenerse en los números de la pantalla, las líneas de colores y los logos.

¿Guardar los cambios de este archivo?

Cambios.

Mi mente está encerrada en el pasado, en el futuro; está en todos lados menos aquí. Los dedos de mis manos se manejan solos, como los de un autómatas; como los de una persona derritiéndose sobre una silla caliente, plana, dura y rechinante. Trabajan sin que yo sepa siquiera qué es lo que están haciendo.

Miro el calendario. Hace casi dos meses que no tenemos un día festivo; faltan tres días para “descansar”.

Mi mano tiembla, mis ojos ya no aguantan. Me invade el deseo de azotar el ratón sobre el escritorio. Quiero romper de un cabezazo mi monitor, levantarme, correr, ¡lanzarme dentro de una de las malditas máquinas de esta fábrica!

¡Y ni siquiera sé porqué!

Ni siquiera sé porqué..

Quiero llorar, pero aquí no hay espacio, no hay tiempo para hacerlo.

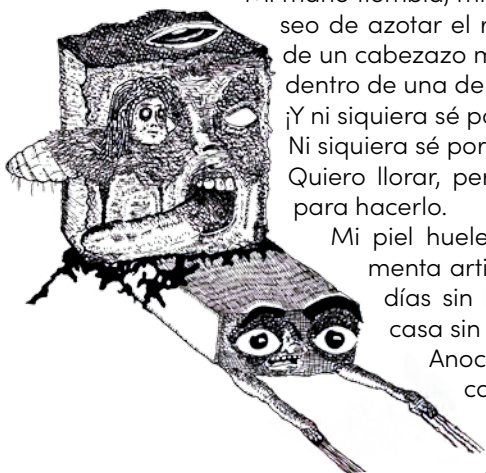
Mi piel huele exageradamente a loción, mi boca a menta artificial. Nada de eso es un cumplido. Dos días sin bañarme porque he estado llegando a casa sin ánimos para entrar a la regadera.

Anoche ni siquiera cené y hoy quiero arrancarme la cara del coraje porque olvidé mi estúpida comida en la cocina antes de salir.

¿Cuándo fue la última vez que me divertí haciendo lo que amo? ¿Hace cuánto no río de forma sincera? Creo que ni siquiera he tenido tiempo para eso.

Sí-No-Cancelar

Es miércoles, faltan diez horas para salir; faltan tres días para “descansar”. Falta una vida, falta toda mi juventud.



LKP

DESOLACIÓN E INMUNDICIA

De madrugada sentí el calor de unas manos sobre mis hombros, cuello y pecho. Me deleitaba recordar la ternura de mi madre, sus besos y mimos. Y creí estaba soñando nuevamente con ella. Tras su partida, todo cambió súbitamente. La desolación se apoderó de cada fibra de mi ser y ya nunca volvería a ser la misma.

Entonces, con el albor de la mañana entrando por los resquicios de la ventana, al abrir los ojos, descubrí que era otra vez el monstruo de mi padrastro y su maldita inmundicia sobre mí.

SYLVETTE CABRERA
NIEVES

LA DESOLACIÓN.

Un día me di cuenta que la desolación va más allá de la definición que encuentras en el diccionario o el que una persona te puede describir, es simplemente la puerta a la realidad.

Son tantos los sentimientos encontrados que existen en ese momento de soledad que te hacen sentir al borde del abismo. Ese día donde volteas y sabes que ya nada será como antes, que estarás sola en casa, que los momentos ya no volverán y solo serán recuerdos, donde solo sientes tristeza en extremo y no sabes en que momento saldrás de ahí o todo se hará más grande.

La desolación no diferencia género, si eres mujer la sientes después de traer una nueva vida al mundo, la prueba más grande en la cual estás más vulnerable, donde nadie te dice la verdad y utilizan el camuflaje de la felicidad.

Te toca descubrirlo por ti misma y dentro de todos esos sentimientos encontrados siempre existe uno que se aferra a ganar. Pero si eres hombre también se siente al acompañar en ese duro proceso a tu mujer y hacerte cargo de todo durante esa etapa; te pierdes tú, por dar todo a esas dos personas que tanto te necesitan en ese momento y aunque muchos no sean valientes para hacerse cargo, es admirable quienes sí lo hacen a pesar del cambio de vida y diario luchar contra ese fantasma llamado desolación.

También al verte al espejo, destruida por completo después de una pérdida, ese hueco en el estómago que piensas que no tiene fin al ver sus cosas, al recordar que esa persona ya no estará jamás a tu lado. Donde cada lágrima se convierte en un grito de dolor y auxilio que no puede salir de tu boca y el tiempo parece que no avanza, es como si los días se repitieran y todo se vuelve rutina, te sientes perdida, desorientada, te levantas sin ganas ni propósito. Deseas tanto, pero a la vez nada.

Aún y después de todo esto, siempre habrá una luz al final del túnel y está más cerca de lo que te imaginas.

SANDY
RUIZ



MELIFLUO DE UN CRETINO

El rastro de tu rostro
ha quedado marcado en mis ojos;
transformándolos en una mirada triste.

El rastro de tu rostro es ilegal,
decadente, ilusorio, devastador...
desolador.

El rastro de tu rostro
me taladra la cabeza; cual vil cruda
con alcohol adulterado

El rastro de tu rostro
es un amor falsificado.
dime que ya no regresarás
que el secreto de tus piernas
me negaras...

¿Dónde te escondo? En la madrugada,
cuando el recuerdo me golpea y
la chinguiña endurece.

¿A dónde fuiste? Tal vez...tal vez
eres la mañana al probar mi cereal con
leche

y recuerdo esa frescura de tus labios.
¿Dónde te encuentro? Probablemente en
la tarde, cuando se suman días de tu le-
janía.

OMAR ARISPE

No se donde estas, tal vez te perdí
tal vez...tal vez nunca exististe.
Musa del Pacifico, dile algo a
este corazón poblano, hoy soy adicto
a la nostalgia de tu amilasa.
¡Gritadlo! Si porque un patán soy
tu corazón no me das...que razón has te-
nido.
Si porque impulsivo soy y eso miedo te da
amor mío, que argumento sostenido.
Musa del Pacifico, mi corazón es de hu-
mor caustico
hoy no me siento inspirado ni tampoco
estoy amargado; quise escribir pues
me sentía envenenado.



FRAGMENTO DESOLADO

En cuanto
tuve la
oportunidad volví al

malecón, al faro corroído, donde iba a beber y platicar con los pescadores; preparaba el porro caminado sobre la playa. Era un atardecer con bastante viento, el sol desprendía un brillo rojizo, la marea tronaba como rayo en las rocas, sonidos líquidos, a lo lejos una lancha solitaria de pescadores practicando la nostalgia-paciencia. Entonces, tuve recuerdos, visiones e imágenes de monjes urbanos que eran mi modesta generación, soñadora, perdida, pobre, atascada en las vísceras y en este gran mundo global y desvalijado.

Millones de jóvenes realmente sumergidos entre lo análogo y lo digital, confundidos por la educación rebelde y por el atropellamiento sistemático normalmente cabalgado por los viejos amigos de la burocracia y de las guerras raciales. En cambio nosotros cambiamos de un escenario a otro con una sensibilidad de ángel, rasgando lo impuesto, sobreponiendo nuestra experiencia como guía, tomando filosofías de cada rincón del espíritu y llevándolas hasta las últimas consecuencias. Esos jóvenes nos hemos convertido en compinches de la carretera, de las drogas (hasta mejorarlas), de un futuro que está en nuestras manos y que jugamos con él como si de un juguete se tratara. Esto porque hemos entendido que la tierra prometida está en el ahora, que no habrá ningún paraíso o un magnífico infierno esperándonos. La alta apoteosis de nuestras vidas está en instantes, en lo improvisado por nuestros músicos o en

lo espontáneo de nuestros artistas. Las grandes guerras todavía prevalecen pero estas han cambiado de campos, ya no se libran en Europa o en Asia ni siquiera en América sino que acontecen en nuestros propios barrios, en nuestros espíritus atrofiados, en nuestras mentes desenfundadas. De lo particular a lo general. Esos millones de jóvenes que marchan en las aceras en penumbra, por los solares baldíos acrecentados de nostalgia y pérdida, que son revoluciones de mochilas que suben a cerros o se parquean en tugurios maldecidos y pálidos en las madrugada harapientas. ¿A dónde iremos a parar? ¿Qué será de nuestros ideales en decadencia? ¿Hasta qué punto nuestras vísceras nos harán valer por este mundo cada vez más cansado? Nuestro Dharma

se transforma en polvo en la guillotina de la historia, también nuestros

barrios se perderán a favor de palacios de internet, al igual que nuestros sentimientos se fraguaron a cambio de perfiles en Instagram, ese es el futuro que tenemos ante nosotros ojos. ¡Y si es que estamos golpeados será por ese futuro! por la producción en masa, por la

indiferencia de lo trascendente, como el alma y sus arquetipos. Lo que nos conforta es que sobre la carretera existen bálsamos; la tierra, el mar, las montañas, la soledad, oasis de esperanzas renovada, eso que no es de nadie y que a todos nos toca. Las chicas seguirán viniendo y nos destrozarán los corazones, habrá discusiones con los amigos, gente que parta por delante; lo que resurge y lo que resurgirá, eso nadie lo para... la generación visceral. Pensé, mientras el sol ya se había ocultado, y una nostalgia rezagada se acomodaba en mi pecho.



KENZO

DOS POEMAS

todo lo puede la luz
todo lo toca

atraviesa cuerpos
modifica su estructura
cambia de rumbo lo que vemos

todo respira por la luz
todo lo extingue

jardines
ríos
árboles del sueño

todo devora la luz todo lo engulle
hambriento fantasma
tigre solar de anillos cósmicos

todo lo encuentra la luz
nada se escapa
todo lo ve todo lo oye
y sin embargo
nada a la luz le pertenece
nada en la belleza me conmueve
porque la simetría natural
no tiene mérito

la armonía del mundo
es asunto de los astros
y no de las personas

estoy con la fealdad por disidente
por desajustar
el equilibrio orgánico del todo

el horror y lo deforme
lo estrictamente nauseabundo
es
en verdad
irrepetible

lo feo en sí mismo me apasiona
por no ser la excepción
sino la regla

DALÍ CORONA



EL MIEDO

Noche tras noche, en las interminables prosas de su propia abstracción, una idea fija, constante, tan molesta e invasiva, que le cercena el sueño cada día, cuando siente, o cree sentir, que diminutas patas recorren su cara, sus brazos, llenándole de un horror atroz que lo clavan como tornillos al rojo en su cama, con asco y repulsión infinitos.

Después de esos episodios es incapaz de dormir de nuevo, y camina al trabajo, somnoliento, pero con los ojos muy abiertos, demasiado abiertos, pues en cada esquina, en el piso, en cada grieta, cree ver el motivo de su horror.

Hace ya un rato que lo estoy mirando, tiene esos ojos tan abiertos, tan extraños, esa mirada fija de pescado y la cara llena de un sudor helado, tan absorto está, que parece que no se ha dado cuenta que lo observo casi con los mismos ojos que él tiene, por la impresión tan intensa que me provoca. Su pecho se ensancha con respiraciones agónicas y profundas, con suspiros largos y pausados, y esa mirada tan fija que me está empezando a aterrorizar.

Sigo la trayectoria de su mirada, y sí, al fondo del cuarto, caminando y huyendo del sol, una cucaracha albina, grande y hermosa, trata de encontrar un hueco donde meterse, sin ningún éxito, pues hemos tapado todos los huecos por órdenes del jefe de obra, camina desesperada con cientos de miles de pasos, y camina hacia nosotros, pues la única salida se encuentra justo al lado de mi compañero, que sigue con esa mirada que ya ha perdido lo poco que quedaba de racional.

Al verlo más a detalle, observo que tiene una mueca casi graciosa, mientras se rasga de forma violenta su dedo meñique en un tic frenético y mecánico, lo rasga con furia animal mientras el diminuto ser blanco se dirige hacia él.

Puedo notar un aire denso y seco que sale de su boca, y ese aire expelle un vapor caliente que remueve el polvo del ambiente, y me mira suplicante, y en esa mirada de horror tan elocuente, comprendo que quiere que yo me levante y acabe con el monstruo que se dirige hacia él.

Pero yo permanezco inmóvil también, y, en un arranque de extrema desesperación, de súbito, aquél ser aterrado se toma un ladrillo y con un grito, más bien un chillido inhumano, lo descarga sobre el albino animal, y lo descarga una



segunda y tercera vez, tratando de eliminar y borrar su infinita angustia y dolor. Pero ya no puede dar el cuarto golpe, pues yo he tenido esos sueños también, he sentido y libado ese terror ilógico y penetrante, así que tomo un ladrillo más grande aún, y lo descargo sobre la cabeza de aquel monstruo, de aquel horror que me atormenta cada noche y no me deja dormir.

Pues yo le temo a los fóbicos.



KOSEFAR

DE UN SOLO CHINGADAZO

Si te contara mis tristezas, ¿las leerías mejor que mis sarcasmos? Mi madre decía que era imposible conocerme, que yo era un libro cerrado. Lo repetía cuando la heroína no la distanciaba del razonamiento, del fracaso y la podredumbre de una casa elegantemente vacía. Después de todo, ¿Qué adicto con un dedo de frente confesaría que no sabe leer?

De un solo chingadazo se me rompió la nariz. Aún traigo las uñas moradas y las caderas llenas de hematomas. Tanto pensar en esa noche me volvió experto en valer verga. —¿Por qué estás tan flaco?—me preguntan. —¿Por qué estás tan pendejo?—respondo. Soy un púgil patético que ofrece el mismo gancho para iniciar cada pelea, un gancho que nunca conecta. A veces camino en reversa; otras nomás me quedo parado, como el tiempo en esta cama, mirando el techo todo el día, sin rumbo ni equilibrio.

Siempre protégete a ti mismo, y mantén el equilibrio. El jefe decía que a los mexicanos no se les podía enseñar a boxear para atrás: esos cabrones siempre van al frente. El boxeo es un acto antinatural, como México mismo: nada va en su sitio, todo fluye al revés: Si quieres moverte a la izquierda, no das un paso a la izquierda, empujas con el pie derecho, en lugar de huir del dolor, como lo haría una persona sana, pisas con fuerza, vas al frente.

Al entrenador le decía Jefe, él me decía Pollo. “Dale con ese jab, Pollo, apercá Pollo, protégete cabrón, eso no es box”. También decía que los abdominales estaban sobrevalorados, que lo que importaba estaba entre las orejas. El Jefe, treinta años entrenando campeones y comiendo lo que quería: un genio con panza certificado. En mi debut me presentó como el Revólver Martínez. De puro cábula.

Él no me había dicho nunca nada, yo tampoco nunca se lo agradecí, pero debí, no es que el Pollo me diera pena, pero me daba no sé qué. El revólver Martínez, cinco años campeón invicto.

De un solo chingadazo rompí el espejo del baño. Me caga mirarme, con todo ese lodo en la cara, debajo: mis penas recién abiertas, aun sangrantes, punzantes.

Algunas heridas son demasiado profundas o están tan pegadas al hueso que no importa cuánto trates de taparlas, jamás paran de sangrar. En Tijuana, antes de pelear con el Veneno, vi nervioso al Jefe, fumaba a escondidas. “Me lo mandas de nalgas en seis rounds, papi”, decía confiado, pero le daba al cigarro como loco.

NUR AL-DIN

Pobre viejo, cada que regresaba al vestidor apesaba a nervios y cenicero en sí, sino porque ya me he tenido que tragar muchos y esos no se pueden simplemente vomitar. Con el Chacal, a la primera finta que me lanzó, le vuelo la derecha en ganchito, cayó todo tieso, patas arriba. Qué manera de dormir. Te juro que me quedé frío cuando lo vi. No lo gocé: hubiera preferido cuatro o cinco rounds, como con el Cuervo o con el gringo aquel, Maddox, Mad dog le decían, uno que traía las greñas coloradas. Ese sí fue lindo, qué pegada, pa' su madre. No quería aflojar y tenía más mañas que... Ahora que para mañas, las de ella. De dónde me la fueron a sacar. De un solo chingadazo se murieron mis dos plantas de sombra, mi perro y desde que ella se fue, se me murieron las pupilas de no usarlas. Ya todo me huele a sangre y me sabe a mierda. Era argentina, no boxeaba pero era peor que los otros, se te pegaba como sanguijuela, te besaba y a ver sácala de encima. No le reprocho que me dejara. Lo que me atormenta es el tiempo que estuvo junto a mí sin amarme, otro hubiese demorado 3 minutos, 3 horas, 3 días en darse cuenta. A mí me llevó 3 años. Ya sin mi perro soy yo el que ladra, en monosílabos. Contra el Veneno todo era distinto. El jefe pensaba que podía ganarle por puntos, pero yo estaba vacío. No tenía ánimo, el jefe menos todavía, ¿Qué te vas a entrenar bien, si estás triste? Y sí, el cansancio y el rechazo eran como una boa en el pecho. A la mitad de la pelea la empecé a pasar mal, después no me acuerdo mucho. Mejor no acordarse, ¿no te parece?. Son cosas que para qué.

Al límite de perder los cabales. Me quisiera olvidar de todo. Mejor dormirse, en una de esas le atinas y sueñas una pelea linda, o a lo mejor despierto frente al mar de Tampico, mil y una noches de madrugada junto a ella, con su acento de porteña anulando los siglos, escondiendo la miseria y el horror agazapados en el futuro. Mejor todavía no soñar nada: toda la noche en blackout, sin recuerdos ni fantasmas, solo la nada. Libre de todo mal de conciencia, amén.

MANUAL

Me dijeron que la desolación era cosa de viejos borrachos y poetas frustrados. Mentira. Yo la conocí a los dieciséis, cuando mi mejor amiga se quedó con mi novio y con mi perfume favorito. Desde entonces, la trato como se trata a una vecina incómoda: no la invito, pero siempre aparece a la hora de la cena. Aprendí que la desolación es práctica. Te salva de preguntas embarazosas. Basta con responder: "ah, estoy bien, solo cansada". Todo el mundo sabe que significa "quiero tirarme por la ventana, pero tengo flojera de abrirla". Funciona como un traductor automático entre tu vida interior y la cortesía social. También sirve para decorar. Yo la coloco en mi habitación: medidas sucias en el suelo, una taza con café de hace tres días y un póster de una banda que se separó en 2009. Eso es estética desoladora pura. Las revistas de moda lo llamarían "estilo decente", pero en mi caso es falta de dinero y de motivación.

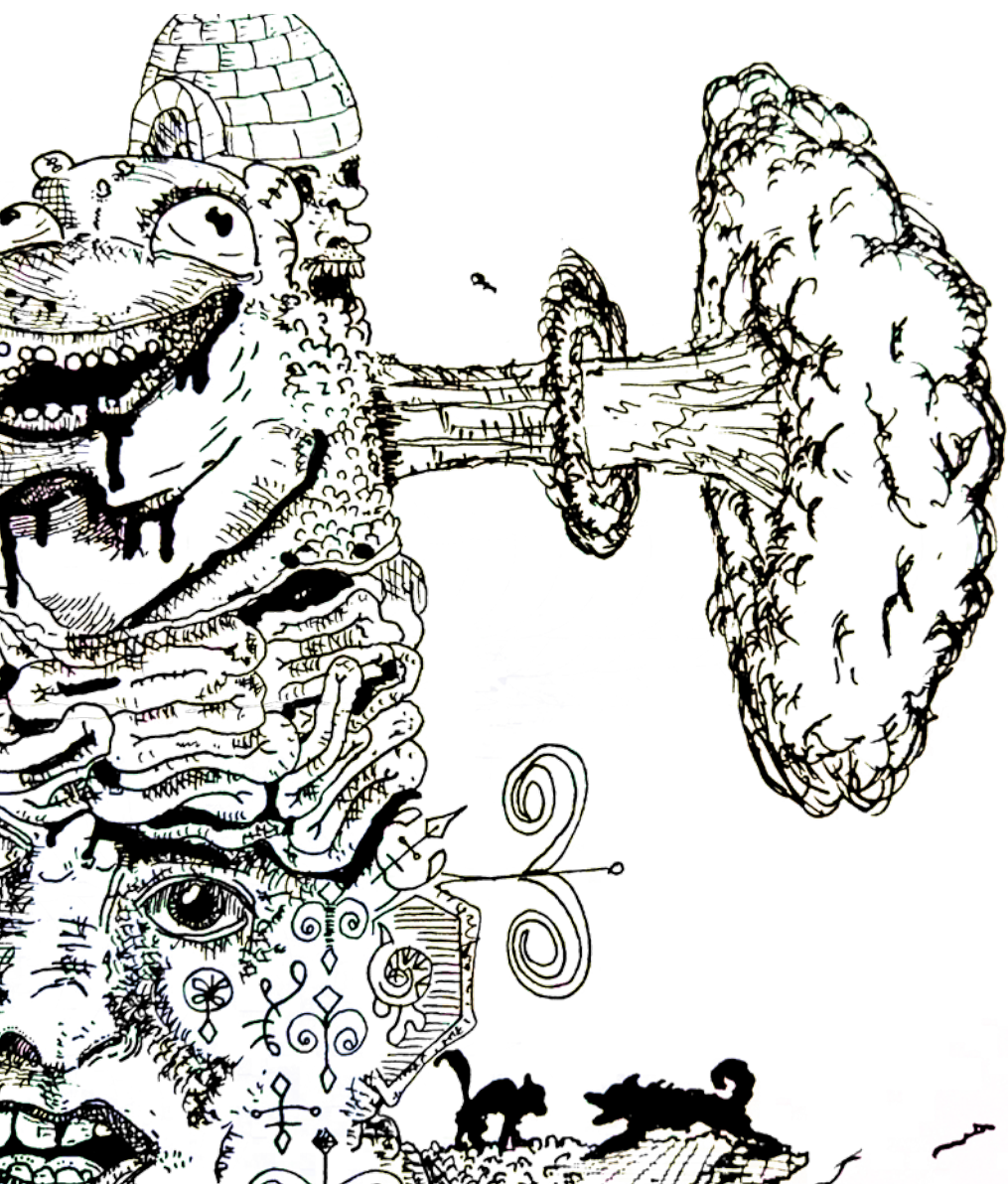
Mis momentos favoritos de colección son:

- . La primera vez que abrí la nevera y solo había agua y un limón pocho.
- . La llamada de mi ex a las dos de la madrugada, solo para decirme que "había cambiado". (Spoiler: no cambió nada).
- . El espejo del baño los lunes, ese que debería venir con botón de difuminado. He intentado deshacerme de la desolación. Me inscribí a yoga, a terapia y hasta probé esas meditaciones guiadas en YouTube donde una voz te dice que eres luz. Spoiler: sigo siendo sombra y encima me dormí en la esterilla. Así que ya no lucho contra ella. La pongo sobre la mesa del comedor como si fuera un centro de flores. Sirve para romper el hielo con visitas: "¿Y esa vibra rara en tu casa?" "Ah, nada, es mi desolación, ¿quieres té?". Y cuando me muera, seguro alguien abre mis cajones, ve mi colección de fracasos bien guardada y dirá: "al menos era coherente".

Pluma Viva

SILVIA CARUS





QUEBRANTO

Hay quebranto en tu voz
Así te escuchas cuando hablas a medias,
Para que no salga la tristeza
Las guarda
En baúles viejos.
Yo pensaba estaban huecos
Pero encontré tu desolación
Acostumbrándose a vivir encerrada
Que no la vean,
Encerrada para que no se sienta
Acostada a tu derecha,
Por las noches las congojas y las tristezas
No te sueltan,
Ya las lloraste
Las sumerguiste en aguas turbias
Pero no se calman,
Así no se ahogan las penas.
Ya siguen avanzando las horas
Que ya no están vivas
Si no más que muertas
Para clavarles
Más puñales a esta desolación
Ya no salgo cuando se aparece un sol.
Ya no tomo aire en las frescas mañanas
Me bebo una bebida bien añeja-
da y me tiro sin rumbo
A esta flaqueza
Que mantiene asustada,
Si mañana muero
Diles que vino aplastarme
El baúl viejo.
Me cayo en la cara
Pero los rasgos tristes
se marcan
Cuando desvías tu mirada,
Asolacion
Ahora me abraza..



ALICIA ZARAGOZA

EL CICLO

A veces pedimos a Dios que cambie nuestra situación sin saber que él nos puso en esta situación para cambiarnos a nosotros. No

creo en el destino, creer en el sería creer en mi propio fracaso, negar mi historia y rechazar mi origen no lo hará inexistente, a decir verdad, nada de esto es como yo quisiera. Nací mujer y de seguro de ser otra hubiera sido prostituta, porque las prostitutas son fuertes y no piden nada personal, no tendría esta mente llena de fantasías. Soy Malena tengo 32 años, mi cabeza es un túnel, en todo caso es como un laberinto oscuro y solitario que a veces hay como relámpagos que iluminan y cubren ciertos corredores, sí tiemblo resbalo, no hay manera de salir de este laberinto por mi propio pie, lo digo porque mis pies son delgados y apenas me responden, deslizan lento, las hojas secas van más rápido que yo, mis pies forman una sola pieza con un sonido a chatarra vieja, loza y cristales rotos; es como llevar cosas muertas y las llevo cargando. Deseo refugiarme en otra piel, deseo vivir en una piel sana, que me broten alas para salir volando, nadie nace preparado para esto y seguir viviendo.

Las epidemias arrasan con todo a su paso y la polio atacaba grandes cantidades de vidas en los últimos años, aunque la mayoría de las personas se recuperaban rápidamente de la enfermedad, algunas otras sufrían parálisis temporal o permanente, incluso morían. Muchos sobrevivientes de la polio quedaban discapacitados de por vida y era un recordatorio visible y doloroso para la sociedad. Pienso que es como con nuestras manos, vivir sin ese soporte esencial del cuerpo lo que aguanta al hombre en su posición erecta.

Los médicos dicen que no es grave que voy a vivir; la pregunta es ¿cómo? El diagnóstico es simple, sé que no tengo remedio, me tocó vivir con esta deformidad, con esta falla.

Solo se hablar de esta maldita enfermedad, la ausencia del amor y mi fealdad.

Estoy atada a estas muletas, es un infierno, el acero corta mi piel como una navaja de doble filo contra mi carne. Finjo que no pasa nada, no me quejo, no hago lío, no soy una carga, me repito. Sábado, el reloj me dijo: cinco de la mañana, me levanté y anduve descalza, afuera un sol como nunca antes había visto acompañado de los primeros cantos de los gorriónitos, peine mis cabellos luego me puse mi falda de clarín más leve que la misma gasa, salí como pude de mi casa, con una cubeta y mis muletas. Siempre lo mismo, caminar siete cuadras con veinticinco minutos. Hoy preparé suficiente comida para los trabajadores que van a construir un hermoso palacio que va a decorar la "Cuauhnáhuac", un hotel enorme para los amantes de esta ciudad, es lo que escucho decir a mis clientes. Sentada a la mitad del día. ¿A quién le va interesar una mujer así? Soy un individuo raro mientras sigo sirviendo el guiso en los platos, entrar en la mente de todas las personas que comían ahí mismo y poder entender porque todos ellos sí y yo nunca, no estoy de acuerdo. Mi comida se volvía mierda. Más tarde, mis ojos quedaron fijos en la acera de enfrente, fijos en la acera sobre el pavimento blanco de la siguiente calle, fijos mis ojos se encontraron con un joven desconocido que salía entre las paredes y el polvo del escombros para fumar un cigarrillo en su rato libre, un suspiro y mis ojos lo esperaban.

Lo miré desde mi banco de madera, me seducía, me provocaba, me cautivaba. Guapísimo y un poquito perverso, rico y de todo su cuerpo sus fuertes brazos tenían las curvas más delineadas con más morbo, pero eran sus ojos los que me daban el equilibrio de todo, solo un instante para saber que él es todo lo que llevaba buscando toda una vida, él es ajeno, así estamos cada uno en su orilla, cada quién en su lado, uno sin el otro. No tendré nunca acceso a él, pensé; un amor ridículo, pero me anticipaba que estaré aquí mañana para verlo de nuevo. Dispuesta a todo le haré la mejor receta, una receta que surge del amor, con una alta dosis de amor, grandes concentraciones de fiel amor, fabricare el más exquisito platillo que algún día haga que se fije en mí, seré correspondida, prepararé algo tan rico que mi olor se impregne en la punta de su nariz y no se vaya con nada. Una poción que va desde mi sexo hasta el cielo, emerge de lo oscuro, viene de lo más lejano, gotas carmesíes que empapan y disuelven todo lo malo. repito, soy tuya, eres mío. La primera sangre, cuando sangro soy el sol.

El amor que padezco es una enfermedad vergonzosa - Tu forma de querer es bruta Malena, bruja y bruta -. Creo que he alcanzado un nuevo nivel del horror. Hoy es el día, te espero sentada, sigo esperando, las horas tan largas y solamente esperando. Pedro cruzó la calle que nos separa, se acercó, me miró como solo él supo mirarme, dijo que no había tenido tiempo suficiente para que su madre le preparara algo, supe que vivía solamente con su madre, era una mujer mayor me contó, anciana y enferma, esa es la razón de porque trabaja tanto, él deseaba poderle construir una cocina para ella para que le cocinara todos los días. Yo no decía nada, me gustaba escucharlo, me gustaba que dijera cosas, deseaba escucharlo hablar por mucho más tiempo y eso me bastaba hasta ahora.

No sé exactamente en qué momento me gustó más, estoy segura que fue cuando contemplo estos artefactos oxidados que me sostienen y tan lastimadas tienen mis piernas, cuando miro arriba de mi cintura y pudo verme humana. Pero yo sabía que él odiaba esa parte de mi cuerpo tanto como yo. Pedro ya degustaba mi comida que a diario me pedía para desayunar un poco antes de medio día, y yo le seguía cocinando en voz baja, no debía sospechar del ingrediente extra que yo sembraba con pasión, aunque de esto último poco le importó, jamás se quejó del mal sabor. Pedro llegó a enderezarme el alma, sano la tristeza y curó mis heridas, ya no importaba si me dolía las mordidas del acero en mi carne, mucho menos las miradas de las personas con las que me querían destruir y yo me iba a liberar de ellas, pero insistían que yo era la maldición de mi Pedro. - ¿Ya me quieres? - Será mañana Malena, pensaba. Pedro me miraba como si quisiese devorarme mientras desgarraba el queso fundido en la sangre de ese platillo que con esmero todas las noches le dedicaba. - "Te quedó riquísimo" me decía, aún con el bocado sin digerir y yo soñaba. Pienso que todos tenemos un secreto, seguro me juzgas porque hay veneno en mi querer. Que Dios me perdone, mientras seguía repitiendo el ritual.

Desperté, me encontré con la realidad, sentado en el banco de mi mesa. -"Me gustas mucho Malena", me dijo. ¿Hasta qué punto?, pregunté. -"Doy gracias a tu padre y a tu madre, doy gracias a Dios y a la muerte que no te ha visto".

Así pasó el tiempo, ahora salgo acompañada, él por delante y mi mirada fija en su andar, para verlo como lo último que quiero conservar para mis ojos, ahora entiendo porque no quise dejarlo de mirar nunca.

Así terminan las historias de dos amantes. Pedro ya no es Pedro, desafortunadamente ya no es bueno para nada, dejó de ser él, había dejado de estar. Mientras mi mano entrelazada con su mano me sigue con pasos lentos, las hojas secas van más rápido que nosotros, nuestros cuerpos forman una sola pieza, cual niños de tanto andar que ya conocen el camino. Pedro balbucea. - Estaré contigo siempre Malena. Y yo le seco los restos de saliva de su barbilla.



BEN DURÁN

CRUZAR LA FRONTERA

El cielo se tornó color naranja, señal inequívoca que el frío está por llegar, a lo lejos la silueta de dos personas perdiéndose en el horizonte, su caminar es lento, cansado, arrastrando sus pies sobre el terreno arenoso, caliente, con unos cuantos arbustos y cactus, que hacen menos monótono el mirar; su rostro trae consigo un rictus de desilusión, de desánimo, fatiga, llevan en sus espaldas una pequeña mochila, donde cargan unas cuantas ropas, agua, y el deseo de que al cruzar "pal otro lado", tendrán una vida mejor.

Sus ojos se quedan fijos en el horizonte, la mirada siempre al frente, como aferrándose a algo, tal vez a la esperanza, no quieren voltear atrás, no hay porqué, allá solo hay tristeza, vacío en sus vidas, desolación, miseria... con la que llevan es suficiente, no es necesario cargar con más.

El sol se clava en su piel como si fueran millones de agujas que perforan sus humildes ropas, llegando hasta el mismo tuétano del hueso, secándoles hasta la misma sangre.

Hay pocas palabras, entre ellos...

No creí que esto fuera tan difícil, tan doloroso, dice Marcela con voz apenas entendible, pero, ¿qué hacemos?, no hay otra opción, en el pueblo no hay a qué quedarse, no hay agua, no hay trabajo, eso no es vida, allí solamente tenemos miseria, y sabes, me cansé de tragar pobreza, no quiero que mis hijos nazcan en ese pueblo parido por el demonio, sería como maldecirlos, como darles el infierno desde antes de nacer, no, no es justo, tenemos que darles esperanza, aunque sea mínima, no condenarlos, no es de bien nacidos

quedarnos a que el hambre termine por comernos a nosotros.

Santiago, esposo de Marcela, la escucha, con la vista bien puesta en el horizonte, no dejaba de ver hacía el norte, no quería dejar de ver, no fuera ser que se le fuera, que se le escapara su puerta de escape, "no te vayas esperanza" pensaba en sus adentros, mientras tragaba su saliva, pesada y espesa.

- No mujer, no tiene por qué dolerte, contesta Santiago varios segundos después, uno debe dolerse de las cosas buenas que uno pierde, pero vivir en ese pueblo no ha sido bueno, ¿cuántos muertos teníamos que esperar para largarnos? Esa tierra es lo único que da, muerte, así que no tienes que sentir remordimiento, sino salíamos de allí nuestra alma, nuestro corazón se habrían podrido para siempre, se nos hubiera secado el espíritu, estaríamos vagando, estaríamos respirando nuestra propia podredumbre, así que cualquier riesgo es nada comparado con vivir en ese lugar; allá en el otro lado, termina la frase apuntando con su dedo el horizonte, ese horizonte que para él era su todo en ese momento, tendremos comida, trabajo, vida mujer, ¡vida! gritó como si en ese grito expulsara todo su rencor, su odio.

Es noche, el cansancio termina por vencerlos, el viento corre con ímpetu, presuroso, chillando mientras pasa, se recuestan sabiendo que han caminado horas enteras, sin darse cuenta de que, por fin, cruzaron la frontera. Justo en el límite de las fuerzas que sus cuerpos guardaban. Se acomodan cerca de unas piedras para descansar, se abrazan tiernamente, toman un poco de agua, comen unas galletas, sus labios se juntan en un beso para desearse buena noche, ella se acurrucó en su pecho, él hace una oración, pidiendo al creador ayuda para salir con bien de esta aventura, entrelazan sus manos, se regalan otro beso de amor, para por fin dormir.

Al quitar su traje de noche, el sol deja ver a Marcela y Santiago aún tirados en la arena, abrazados, pero inertes, con sus cuerpos cubiertos de sangre, un par de balas acabaron con sus vidas, sin más testigos que unos casquillos y unas pisadas en la arena, ahí acabaron sus días, como los de muchos más, sin saber quién les arrebató la vida.

No pasó mucho tiempo para que sus cuerpos fueran devueltos a México, y poco después a su pueblo, regresaron, con todo y su odio a la tierra que los había expulsado, que los reclamó para nutrirse de su esperanza frustrada.

ALEJANDRO ROMO



EXPLOTA

En cuanto menos te lo esperas, lo hace. Es irritante y asqueroso. En una charla de coffee break, durante el partido del viernes o cuando crees que el silencio ha reinado por más de tres minutos, ¡pum!, suelta el esfínter y explota. Te riega a ti y a los que tienes a un lado de vísceras y pastiches del almuerzo y de algún bocadillo de mediodía. A veces ves una pastilla a medio deshacer en tu chaqueta recién lustrada, miras cómo se empieza a descascarar por los ácidos gástricos y empieza a agarrar ese color amarillo y azafrán, por la bilis y la sangre respectivamente, que lo hace ver como una túnica budista. Te sientes disgustado por lo ocurrido, pero retienes tu desagrado. Te quedas con una cara de póker hasta que te das cuenta de ello y te unes al asombro de los demás:

—«¡Pero qué mierda!»

—«¡Dios mío, ese hombre ha explotado!»

—«¡Chingada madre!»

Cuando la cima del asomro

llega y antes de que comiencen los lloriqueos de las personas débiles, tu amigo se rehace y ríe locamente. Tú lo sigues en su locura.

La mayoría de las personas reaccionan bien y caen en el juego; se olvidan de lo molesto que después les resultará quitar las manchas de sangre.

Las búsquedas en internet que tú has hecho para deshacerte de tus manchas son infructíferas. Al final, obtienes el conocimiento de que la alquimia no se extinguió, solo cambió de objetivos: ahora, en vez de buscar la transmutación del mercurio al oro, intenta en-

contrar diversos remedios que ayuden a quitar manchas imposibles.

La gran mayoría de las veces, lo único que hacen es desdibujarlas un poco. Pero no, esos pensamientos solo los tienes tú. Aquellas personas ríen locamente, miran a su peoresnada que tienen a un lado, o si están entre amigos, se observan

embadurnados en el revoltillo y ríen y se alegran dulcemente. Haces memoria: los mirabas con caras desencajadas, los hombros pronunciados y con charlas del tedio de la vida adulta. Ahora los ves señalándose unos a otros:

—«Mira, un ojo en tu cabello»
—dice la que tiene los huevos de tu amigo sobre sus hombros.

Sus amigos reaccionan con más fuerza en sus carcajadas.

Se acerca tu amigo con una toalla —quién sabe de dónde la ha sacado— y te la da con una cara de complicidad, agachándose un poco como un perro con culpa, a sabiendas del mal trago que has tenido que pasar. Dices, aún un poco molesto:

—Si tan siquiera fueras un

hippie vegano, no se me quedaría tan impregnada tu porquería.

—Vamos, si fuera eso no serías mi amigo. Y sí, la verdad es que al final del día poco te importan las pequeñas molestias. Quizás te estás haciendo un poco viejo o, demasiado, como decirlo, maduro. Entonces parten de allí hacia otro lugar, donde muy posiblemente tu amigo explote.



NEZA NAVA

EL BRAZALETE

—¡Me lleva!, ¡Ya es tarde!

En un día cualquiera de esta ciudad sofocante, abrí los ojos con la amarga certeza de que me había quedado dormida. Tenía que realizarme unos estudios clínicos de rutina, aunque sabía, en el fondo, que los resultados no cambiarían la condena silenciosa que me rondaba desde hacía tiempo. Me vestí con torpeza, arrojando cosas al bolso sin pensar; un desorden tan inevitable como el de mi propia vida. Afuera, la penumbra aún dominaba, y el olor a pan recién horneado, lejos de reconfortarme, solo me recordó que el hambre es otra forma de vacío.

El metro estaba repleto, sofocante. El hedor a cuerpos desgastados me provocó arcadas, pero resistí. Cuando al fin logré sentarme, el calor del asiento me envolvió como una trampa, y caí en un sueño profundo.

Soñé entonces con un unicornio decrepito, rosado y cansado, que me arrastró por un bosque marchito hacia un castillo brillante, demasiado perfecto para ser real. Al tocar las puertas, un trol me interceptó. No me dejó entrar. Solo me entregó un brazalete adornado con zafiros y rubíes. Su voz retumbó: "Cuando sus tallados brillen de púrpura, las sombras estarán cerca. Y no podrás huir."

Caminé por un jardín ajado, donde un hada de rostro sombrío me pidió una identificación para continuar. Busqué en mi bolso, pero no hallé nada. Esa ausencia era absoluta, como si nunca hubiera tenido un lugar al cual pertenecer.

Un estremecimiento me arrancó del sueño. Abrí los ojos en el vagón vacío, la estación desierta al otro lado de la ventana. Sobre mi regazo, mi bolso desbordaba objetos inútiles: papeles arrugados, botellas vacías, una agenda que ya no decía nada de mí... y entre ellos, el brazalete. Lo levanté, y sus tallados brillaban de un púrpura encendido. Recordé al trol.

Recordé sus palabras.

Busqué mi credencial con frenesí, como si con ello pudiera aferrarme a una prueba de existencia. Pero no había nada.

—¡Maldita sea! —murmuré con un hilo de voz.

El policía anunció el final de la línea, pero no lo vi. La estación se sentía hueca, sin salida, como si el mundo se hubiera vaciado de testigos. El brazalete ardía en mi muñeca, ajustándose como una mordida invisible. Y en el brillo púrpura comprendí la verdad: no había estudios clínicos, ni credenciales, ni futuro. Solo un destino sellado, un final irremediable que ya había comenzado a cumplirse.

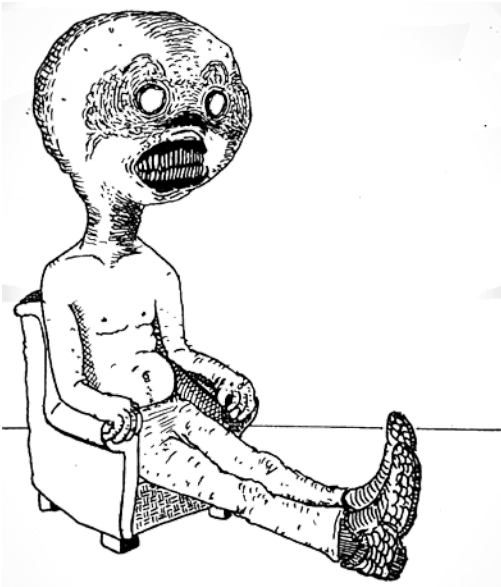
ANN HOLLOW

RUINA

Hay noches en las que mi cabeza se vuelve de humo
y si tuviera un arma entre las manos,
sin dudarlo apuntaría a ella y jalaría el gatillo;
pero en esta casa no hay armas,
solo un librero vacío, un refrigerador con moho,
una planta marchita y un sillón que no es mío.

Solo hay hambre y soledad,
el horror del reloj devorando mi vida,
el hueco en mis orejas, el agujero en mi alma
y el deseo siempre insatisfecho de la huida.

Y a mi lado tu cuerpo vacuo, indolente,
inmune a mis aullidos, a mi sed;
podría desangrarme o inmolarme en el pasillo
y ni siquiera la monstera reseca sería testigo
con sus pálidas hojas mirando al suelo con quietud,
hasta ella se ha cansado ya de esperar la luz.



STEPHANIE CASTRO

ANTROPOLOGÍA DE LA ÚLTIMA VEZ

La próxima vez será la última, la última en que me perderé entre tus labios umbrosos, asesinos, supurantes de deseo caníbal”, pensé en silencio, mientras desayunábamos en el restaurant donde nos conocimos, ignorando que el destino me tenía reservada una siniestra y desconsoladora cachetada, y no con guante blanco. No recuerdo si fue en agosto, o en el mes de septiembre, justo cuando los campos de la Pastora se tiñen del rojo crepuscular de la granada, cuando me pediste que te llevara de vacaciones a Dyatlov para escenificar, en carne propia, la tragedia acaecida hace algunas décadas, en aquella desolación escarchada de los Montes Urales. Nunca comprendí ese afán transgresor que te dominaba, ni mucho menos, el por qué me presté a tamañas ocurrencias de una adolescente pervertida. Cierto es que no pude sustraerme a tus caprichos; y que quede claro que nunca se trató de un asunto sexual. Cuando nos conocimos te mirabas tan inocente, tan tímida y vulnerable que pensé, sin temor al equívoco, que yo sería el primero en iniciarte en los juegos del amor; qué equivocado estaba, nunca imaginé que yo sería el pupilo, el aprendiz, el juguete frágil y asustadizo, objeto de las abominaciones más deliciosas que jamás en la historia se hayan urdido, sobre todo, en esta remilgada y cobarde región del hemisferio. Tú, la mistress voluptuosa, la muchacha de “mirada trémula”, la mujer “impoluta” que consiguió conmoverme con sus ojos de lobezno indefenso, perdido en la orfandad del bosque neblinoso donde el tiempo parece detenerse. Pasaron algunos meses para que pudiéramos cumplir vuestro deseo, el tuyo y no el mío porque de ser así, lo único que yo deseaba era quedarme en nuestra villa, tumbado en el diván de terciopelo verde que tu padre nos regaló antes de nuestra boda, para evaporarme en la densidad minimalista del ronroneo de los gatos –Fidencio, Anémona y Valentín– cuya costumbre nunca terminó por agradarte, quizás porque siempre fuiste refractaria al misticismo de su naturaleza. Llegamos al aeropuerto aquella tarde en la que, bien lo recuerdo, ibas más colocada que Elvis Presley en su peor momento. No sé cómo los oficiales de migración no se dieron cuenta de tu condición salvaje, o si lo hicieron, prefirieron guardar silencio para mirarte, con total desenfado, las piernas bien torneadas que habías logrado gracias a vuestra afición al running. Te sostenías torpemente de mi hombro aferrándote como lo hace un recién nacido al pecho de su madre. Subimos al avión y te cedí el lugar del lado de la ventanilla para evitar las incómodas miradas de los pasajeros. En cuanto advertiste que tus posaderas estaban adheridas a la firme materialidad del asiento, comenzaste a roncar, estoy seguro que ni siquiera tuviste algún sueño memorable. Cuando uno se halla colocado, la sustancia narcótica anega todo el espacio de la consciencia obstruyendo la fuente originaria del onirismo adyacente. Menos mal que me negué a seguirte el jueguito del colocón sesentero –así solías llamar a tu jubilosa manía de atragantarte de pastillas acompañadas de unos tragos de escocés y unas cuantas caladas a un buen porro mexicano–, de lo contrario, en lugar de dirigirnos a Rusia hubiéramos aterrizado en Portugal, en Beirut, en Tanzania, en Marruecos, en Okinawa o en cualquier otro lugar lejano al epicentro de tu locura. En las 22 horas de vuelo, no moviste ni una pestaña, ni cambiaste de posición, permaneciste inerte, inmóvil, ausente de ti misma, perdida en vaya saber qué regiones de la estratósfera, profanando los sutiles secretos del viaje cosmogónico. Resultaba conmovedor verte así, etérea, volátil, ingravida, envuelta en la invisibilidad de una muerte pequeña: en posición fetal, recargada sobre tu hombro derecho, tan blanco, tan grácil, babeando un líquido espeso, transparente, con olor a droguería del siglo XIX. Nunca te enteraste del barullo que

se armó a causa del rumor de fuego que comenzó a cundir en la sección de tercera clase, fue menester que el capitán nos dirigiera un mensaje a toda la tripulación para desmentir la falsa alarma; mucho menos experimentaste - cosa que siempre agradeceré porque te hubieras puesto demasiado histérica- los tres episodios de turbulencia que nos hizo -me refiero a mí y al resto de los pasajeros- convocar, a través de plegarias silenciosas, a todo el séquito de achichincles del dios católico -los santos que habitan la ubérrima e inflamada imaginación de los creyentes y aquellos que descreen de los cuentos infantiles, como es mi caso-. Qué bendición para ti el haber despertado en otro país -el sobrecogedor escenario de tus más delirantes deseos-; supongo que, de algún modo -así me lo confesaste el día que visitamos a tu hermana que acababa de divorciarse y que hizo de su penthouse de la 5 a avenida su atelier por el que desfilaron exóticos personajes-, fue una suerte de teletransportación, la inconcebible materialización de una fantasía esperpéntica, científica y literaria -me refiero a Julio Verne o, más de nuestra época, Isaac Asimov-. Supongo que, para todos aquellos que se ven obligados a permanecer más de 20 horas en una región espectral -qué otra cosa es el espacio sino un lugar imaginario- nada como sucumbir a la loca tentación de un viaje psicotrópico sin visiones, sin imágenes, sin la incómoda presencia del testigo fantasma. Después de haber aterrizado en aquella tierra glacial, tuvimos que permanecer dos semanas encerrados en la habitación del hotel que nos recomendaron nuestros vecinos -el celeberrimo Rocco Forte Astoria que, por un pelo, nos deja en bancarrota, a no ser por el préstamo que tu madre nos realizó: un préstamo a fondo perdido- porque subestimamos las condiciones atmosféricas de la patria de Dostoyevski. Hacía un frío terrible, no teníamos la más remota idea de ese frío que penetra por los poros de la piel hasta llegar a las profundidades del alma, ese frío que hiende las entrañas, la carne, la consciencia, los pensamientos, como el tigre que desgarrar con júbilo y ferocidad a su presa indefensa. Pese a que nos habíamos preparado física y mentalmente (nos dábamos duchas de agua helada en invierno y nos metíamos a una bañera de porcelana que llenábamos con cubitos de hielo -bañera que había pertenecido a vuestra abuela-), nunca imaginamos que el clima siberiano es uno de los más agrestes del mundo. Fue en la estación de Sverdlovks, donde advertí que, en el fondo, no somos tan distintos como yo lo pensaba. Al mirarte por la ventana del camarote que daba hacia el pasillo, donde permanecías sentada leyendo, como si en ello se te fuera la vida, al filósofo (Jean Rancière, para ser más preciso) que tanto admirabas y que yo, por oscuras razones, detestaba por su cansina y chapucera verbosidad, me di cuenta de que nuestras perversiones son el principio metafísico que nos mantiene vivos, la sustancia divina que circula por nuestras venas y que nos confiere belleza, una belleza animal, antagónica, sobrenatural, demiúrgica. Creo que si nos conocimos fue para hacer de lo nuestro una aventura a cuatro manos; tú, una voluptuosa incorregible; yo, un anarca feral, amante de los venenos invisibles que se esconden entre la herrumbre de los libros olvidados, toxicómano en potencia alejado, por ahora, de los milenarios "paraísos artificiales". Lástima que te hayas desvanecido lejos de la tierra que te vio nacer, vuelto humo inasible antes de que yo te besara por última vez.

BOLIVAR ECHENECK







